

Por ejemplo, nada hay más claro en estos relatos que la divertida doctrina de sus personajes, decididos a abrazar temerariamente el delirio, quizá para eximirse de la rutina, o quizá, como una consecuencia lógica e inquietante, para destacar la nota marginal, las palabras obsoletas y la lectura dudosa por encima del repertorio tipográfico de la prensa matutina. Dado, pues, que hay que resaltar la perplejidad y sus figuraciones, también hay que admitir la destreza de su expresión, pues Guillermo Martínez distorsiona la realidad mediante una economía narrativa muy dosificada, de cadencias placenteras, fluida y sobria.

Esas características se advierten en historias bizarras cuya propensión al extrañamiento y a la ironía sirve para unificar su registro. Con

frecuencia, desde luego, ese registro queda definido por el método de transferir la acción a entornos cotidianos, y desde ese marco, escudriñar en el espejo e insuflar vida a imágenes melancólicas, acaso embriagadas y también curiosas, quedando en libertad el lector para formar su propio juicio y recapitular los vericuetos por los que aparenta discurrir cada una de ellas. A la luz de esa galería, difícilmente sorprenderá que Martínez transmita con semejante habilidad tantos retazos del alma humana, combinando en el muestrario cadáveres que devuelven una memoria indeseable, aventuras existenciales e incluso romances cuyo misterio se descifra infelizmente.

Guzmán Urrero Peña



Con Orson Welles en *Follow the boys* (1944)

Los libros en Europa

Una vida de calidad, Victoria Camps, Editorial Crítica, Barcelona, 249 pp.

«Conseguir una vida de calidad no es ni una tarea puramente individual ni una obligación colectiva o política» —dice Victoria Camps en su interesante trabajo—. No pone en duda que la vida es de cada uno y a cada uno corresponde decidir cómo quiere vivirla. Pero las decisiones importantes nunca son exclusivamente privadas ni conciernen sólo al individuo o a los individuos que las toman. La ayuda a morir, la investigación con embriones, el respeto a las decisiones del paciente, la reproducción asistida, la manipulación genética y tantas otras cuestiones que hoy se nos plantean, precisan de una legislación mínima que ponga límites y controle los posibles despropósitos.

Que hay que desarrollar una autorregulación colectiva, social, es la tesis que Camps, catedrática de ética en la Universidad Autónoma de Barcelona, defiende en su libro. ¿Por qué? se pregunta, y de inmediato responde. Porque es verdad que necesitamos un aparato jurídico que nos regule; pero no es menos verdad que esa regulación no puede contemplarlo todo. Por ejemplo, la ciencia va muy por delante y, aunque la ética lo intentara, no nos

daría con anticipación la respuesta adecuada a cada situación.

La autora sostiene en su libro que la sociedad necesita organizarse para ir regulándose colectivamente a través de organismos (comités éticos, comisiones asesoras, movimientos sociales), a los que ve como organismos de autorregulación. Camps está convencida de que en la actualidad hay una recuperación de la ética y supone que esto es debido, en primer lugar, a que hoy no existen ideologías fuertes y que hay, sin embargo, una demanda social de ellas, debido a que la división del trabajo es cada vez mayor: hay especialistas que saben de muy poco y van desalojando en el camino una serie de problemas que no son de nadie y que, estrictamente, no son científicos, ni jurídicos, ni políticos, sino problemas éticos.

También cree Camps que existe un contenido ético que pretende ser universal, ahí están los Derechos Humanos y otros valores fundamentales, como la libertad, la igualdad, la paz, la dignidad de la persona. Todos aparecen en las éticas de todos los tiempos y en las de todas las culturas. Pero son grandes palabras que deben ser llevadas a la práctica y acomodadas a cada situación. La autora de *Una vida de calidad* puntualiza que la ética no

puede consistir únicamente en el establecimiento de unas normas o códigos de conducta que valgan de una vez por todas, ni puede proporcionar siempre respuestas inequívocas. «Consiste más bien –insiste– en el proceso de deliberación que precede y sigue a la aceptación de las normas».

Victoria Camps se expresa desde su pensamiento vinculado a una tradición laica. «Pero es una tradición –dice– que ha bebido del cristianismo, ya que el valor de la igualdad, en principio, es el valor de la fraternidad cristiana; y la libertad es una autonomía de la conciencia que también empieza con el cristianismo. No son valores laicos por sí mismos, sino que tienen una tradición que se remonta a los griegos, pasa por el cristianismo, por la Ilustración y llega a la posmodernidad».

Al referirse a la bioética, la autora del libro que comentamos expone su visión hondamente positiva al insistir en que, bien entendida podría ser un acicate para romper la división de las dos culturas, la científica y la humanística, concienzudamente separadas a lo largo de los dos últimos siglos. El mayor logro de la bioética sería el conseguir la aproximación e incluso la fusión de disciplinas y saberes distintos.

Un libro que trata de temas candentes de un modo clarificador, interesante y formativo. Su lectura nos va recordando, entre líneas, que ni la ciencia está libre de valoracio-

nes éticas ni la ética es pura especulación incapaz de aterrizar y de enfrentarse a un conflicto concreto.

Isabel de Armas

Adán y Darwin, M^a Ángeles Querol, Editorial Síntesis, Madrid, 2001, 366 pp.

En su magnífico ensayo *El enigma de la esfinge* (2001), Juan Luis Arsuaga recuerda cómo Darwin se convirtió en protagonista de uno de los equívocos más difundidos de las dos últimas centurias. Igualando la selección natural con ese concepto tautológico de la supervivencia de los más aptos, numerosos autores han sugerido una fórmula que no es original de Darwin, sino de Herbert Spencer. «No deja de ser curioso –explica Arsuaga– que el causante del descrédito de la selección natural sea Spencer, que ni era biólogo (sino filósofo) ni tampoco creía demasiado en la selección natural, ya que era más bien partidario del lamarckismo». Sin duda, los subrayados y correcciones para mejor adaptar el pensamiento darwinista, descifrando su aporte científico en un lenguaje filosófico, político o religioso, han ido adquiriendo la proyección de nuestra propia experiencia histórica. Y como no hay texto que no haya sido renovado por sucesivos lectores, los niveles de